

1ª Jornada

Sevilla, 16 - 17 de Octubre 2014

SOBRE MALTRATO A LAS PERSONAS CON DISCAPACIDAD



El maltrato sutil: Las niñas y mujeres con discapacidad intelectual

Clara Moratalla Reyes

Impedir que una persona, en particular si es una niña o una mujer con discapacidad intelectual, pueda expresarse y, en concreto, manifestar su negativa hacia algo o yendo más allá: mostrando su rabia, no parece ser, en principio, una forma de maltrato.

Sin embargo, lo es: **un maltrato sutil**, tan incrustado en nuestra sociedad que pasa realmente desapercibido, se da por hecho: es el modelo social en vigor. La obediencia, en contraposición a la rebeldía o la ruptura del status quo, es un valor o una virtud atribuida a todas las mujeres históricamente. En el refranero español⁵ encontramos sentencias como estas: “*La mujer: la pata quebrada y en casa*” “*A la mujer temeraria, o dejarla o matarla.*” “*La mujer y la pera, la que calla es buena*”

Por tanto, que las mujeres con discapacidad intelectual muestren un generalizado deseo de agradar o un alto nivel de aquiescencia es una realidad que desafortunadamente prorroga hasta la exageración esa idea: Las niñas y mujeres con discapacidad obedientes son mucho más aceptadas y reforzadas socialmente, son más controlables, menos amenazantes.

Lo denominamos **maltrato sutil** porque aunque tiene consecuencias extensas tanto psicológicas como físicas, no se percibe con inmediatez puesto que es paulatino y cotidiano.

Una de las formas de ese posible maltrato sutil para que las niñas y mujeres con discapacidad puedan mantenerse obedientes es ser “niñas eternas” permanecer en ese limbo idealizado de la infancia en el que aparentemente no existen riesgos, ni peligros... Ser Caperucita antes de vestirse la caperuza –símbolo de la menarquia en la Europa central de hace 500 años–, no salir de la casa/centro que protege, evitar por todos los medios que aparezca claro está, el lobo.

5. MARTÍNEZ, M.: *Refranero español. Antología de refranes populares y cultos de la lengua castellana, explicados y razonados*, Madrid. 1989, pp. 9-10 afirma que: “Uno de los caracteres más significativos del Refranero es su universal misoginia: esas verdades de sabiduría que los refranes pretenden expresar, nacen en grupos sociales que se oponen a la evolución de las relaciones hombre/mujer; de forma especial en un período en que la aristocracia intentaba, a poco de salir del feudalismo dominado por las armas, una valoración femenina que llegó a dar un género literario completo: la literatura cortés, que tiene como dios a la mujer y al amor”.

Es probable que todos podamos aportar ejemplos de mujeres con discapacidad intelectual que conservan atuendos, peinados o gustos infantiles: casos como el de alguna mujer de unos 20-30 años, con vestidos de colores y lazos en el pelo, que sigue viendo entusiasmada películas de Walt Disney junto con sus propios sobrinos de 8-10 años.

Pero afortunadamente mujeres y hombres tenemos un **Cuerpo que siente** durante toda la vida. Es en ese privilegiado y maravilloso lugar donde se acumulan nuestras experiencias personales: es en el cuerpo donde se reúnen nuestra forma de vernos a nosotros mismos, nuestra forma de sentirnos y estar en el mundo, de buscar, de dar-recibir, de aislarnos o expandirnos. El órgano que más comunicación prodiga con el exterior es la piel, a pesar de que se arrugue o se pueble de lunares, nunca deja de experimentar sensaciones a lo largo del tiempo vital –salvo excepciones debidas a traumatismos o enfermedades de empeño neurológico profundo, pero incluso en esos casos se conservan pequeños espacios en que el tacto o el contacto, o su recuerdo, hacen posible el intercambio con las personas cercanas–.

Las posturas, los movimientos, los bloqueos emocionales van configurando cuerpos que tienen mayor o menor facilidad para relacionarse no solo con el exterior, sino con el interior, con nosotros y nosotras mismas. Si en el lenguaje de las emociones los mensajes que nuestros cuerpos reciben son de reprobación, de rechazo y de negación al crecimiento y la apertura, entonces lo tendremos difícil...serán cuerpos cerrados a las relaciones positivas de cercanía, de amistad, y de encuentro no solo con los demás sino con nosotras mismas. La identidad estará tocada...esos mensajes son agujijones con consecuencias psicoemocionales y físicas que hemos de atender.

Nos hemos encontrado a menudo mujeres que se viven como incompletas, frágiles, dependientes, sin certezas para tomar sus propias decisiones. Esa historia se forja desde bien temprano.

Las niñas y mujeres con discapacidad reciben a menudo muchos mensajes en contra de sí mismas, creencias e ideas muy arraigadas como las siguientes: se las considera menos válidas como mujeres ya que no se las ve como atractivas, además se piensa que no se enteran, no aprenden y por ende no son responsables, por ello no van a ser capaces de cuidarse ni de cuidar de otros; son vividas también como “peligrosas” ya que pueden transmitir su discapacidad, etc. Y paradójicamente en ciertas circunstancias reciben una accesibilidad casi objetal hacia su cuerpo en los centros donde se atiende a personas con muchas necesidades de apoyo muchas personas les exploran con el más escrupuloso fervor profesional pero desde dinámicas no reflexionadas, sin pedirles permiso y sin pudor –En estas situaciones los profesionales hemos de hacer un esfuerzo por preservar las condiciones de intimidad, autodeter-

minación y autonomía para que todas las personas , pero en particular las niñas puedan tener la seguridad de que su cuerpo es sagrado, las pertenece y tienen poder de decisión sobre él...Quién las toca y Cómo las toca tanto en los cambios de aseo , como en los chequeos médicos, o en los juegos entre iguales, y otras dinámicas cotidianas.

El entrenamiento del NO, es una cuestión preventiva de primer rango...si las niñas pueden decir NO, ante personas conocidas con las que sienten confianza, estarán haciendo un entrenamiento personal determinante para poder decir NO a desconocidos, o a personas de su entorno que intenten manipularlas.

Esta forma de aprendizaje de empoderamiento es por supuesto importante también para los niños naturalmente, pero la distancia que se mantiene con los varones es mayor en nuestra sociedad y a menudo se confía en la fuerza física.

En la tradición social, y por ende psicológica se ha concebido la infancia como un **espacio de inocencia**, un período asexuado que no tiene manifestaciones ostensibles en el caso de las mujeres, de manera que hay una atribución de inmunidad: mientras sigan siendo niñas, seguirán sin pensar en “esas cosas”.

Claro está que ello obedece a una visión social de la sexualidad muy limitada y parcial: genitalizada, masculina, focalizada en la penetración y el consumo corporal, y por tanto es natural preservar a las niñas de una forma de sexuación tan en contra de sí mismas. Mujeres y hombres somos sensorialidad y sensualidad, no solo sexualidad genital masculina...somos un cuerpo entero, donde tenemos muchos rincones, en los que recibir experiencias positivas y placenteras, mucho más allá del coito.

Además redundando en la idea manifestada más arriba, las mujeres con discapacidad intelectual no son consideradas atractivas. **Los cánones de belleza** en nuestro mundo occidental las han desterrado durante siglos (Solo María Bárbara es representada por Velázquez en 1656 dentro del cuadro de Las Meninas, como dama de compañía bufona, que no criada) Asimismo desde hace décadas se han impuesto las reglas estándar con modelos muy delgadas, muy simétricas, muy perfectas, con andares casi marciales sobre pasarelas y con exhibiciones faciales neutras muy ortodoxas. Enclaustradas en reglas rígidas contra toda expresividad emocional

En este estrecho margen de la belleza ideal, no caben mujeres gorditas y muchas jóvenes y adultas con discapacidad lo están; ni asimétricas – las personas con parálisis cerebral y otras etiologías neurológicas tienen afectación a los miembros de manera que en muchos casos no andan, y en otros pueden hacerlo pero con dominancia de un lado, sin que pueda decirse que su manera de andar pueda resultar elegante al uso o más allá: insinuante.

Felizmente se están desarrollando silenciosas pero preciosas iniciativas desde las mismas familias, así como campañas desde el movimiento asociativo para desterrar esa concepción tan excluyente de fealdad generando imágenes de personas guapas, cuidadas, con buena presencia, e imágenes propias construidas con detalles y elementos personales. Esta es una forma de redundar en **auto conceptos** más valiosos de sí mismas. Cuidar la ropa, el peinado, con atuendos de actualidad, conforme a sus características de edad, de grupo de referencia, entorno social, etc. Y por supuesto, proveer de estrategias de **autocuidado** y salud: nociones de alimentación, buenas prácticas de actividad física que eviten el sedentarismo y la depresión, poniendo en la comida afectos irrealizados.

Es una herida a veces difícil de cerrar para mujeres con pocas necesidades de apoyo e inteligencia límite la no asimilación y las dudas sobre la condición de discapacidad con frases como: "... *Se puede operar la discapacidad? o si la discapacidad se pasa?...*" Mientras hay mujeres con rasgos visibles y diferenciados que se viven guapas y capaces de tener pareja, porque se aceptan.

Cuando la inocencia se prorroga como una vacuna para los riesgos de la sexualidad adulta, en realidad se custodia un status quo de indefensión. De esta forma solo cabe el romanticismo, con relaciones idealizadas, que transportarán a cualquier persona que aparezca en su entorno inmediato o la castidad escogida desde el miedo, porque no desearían y no serían deseadas y se mantendrían aparentemente indemnes.

Es imprescindible **ir creciendo conscientes de nuestras fortalezas**. Así se nos hace mujeres plenas, y nos permite protegernos a nosotras mismas. Saber además que podemos pedir ayuda, que tenemos derecho a hablar, a oponernos a lo que se nos da como única opción. La fortaleza es creer en nosotras: en nuestras posibilidades para atraer, para hacer relaciones de igualdad. Se trata de conocer la diversidad y estar atentas a las personas que tienen actitudes auténticas de cuidado, pero detectar igualmente las manifestaciones de personas que nos manipulan de manera encubierta. Es un aprendizaje paulatino ser conscientes de que puede haber algunos hombres – y también mujeres que puedan utilizarnos, que pretendan mantener relaciones desde la dominación y la desigualdad, pero ser conscientes no quiere decir crecer con el miedo permanente sino crecer conociéndonos mutuamente. Los hombres (con y sin discapacidad) pierden mucho con una sexualidad tan parcializada. Por eso, también han de **desarrollarse más opciones en torno a la reflexión de la masculinidad**.

Y para finalizar, una reflexión acerca de la maternidad tan injuriada y denostada para las mujeres con discapacidad intelectual. La maternidad de mujeres con discapacidad no solo es posible, es una realidad, a la que hemos dado la espalda la sociedad entera. Por un parte, es un deseo que se ha idealizado, y

de ahí que haya mujeres con discapacidad intelectual que quieran ser como las demás y antepongan esa fantasía a la toma de decisiones responsable. La ayuda para elaboración del deseo auténtico de maternidad y la materialización de un plan de apoyos para ser madre es una tarea pendiente.

Como también lo es el hecho de que no todas las mujeres puedan tener condiciones para desarrollar ese deseo, pero puedan tener vidas llenas de alegrías aunque no sean la de llevar a su propio hijo o hija en los brazos.

Acompañar ese duelo y que las mujeres con discapacidad intelectual sean informadas y en lo posible, participen activamente en la toma de decisiones en cuanto a su procedimiento de “esterilización” es un derecho pero también algo que va haciéndose y que muchas familias, en particular madres están reconduciendo poco a poco junto a sus hijas con discapacidad, de manera ejemplar con un empeño casi silencioso. Gracias a todas y cada una de ellas: niñas, mujeres, madres, personas completas.